

# ASESINATO EN LA ESTACIÓN TERMINAL

Kyotaro Nishimura

Traducción del japonés:  
Kazumi Hasegawa

  
QUATERNI

## Capítulo I

### LA ESTACIÓN TERMINAL DE UENO

#### I

—¿Mañana puedo tomarme un día de vacaciones?  
—preguntó Kamei con reserva.

Era raro viniendo de él. Obviamente los policías también tienen vacaciones, aunque nunca consigan desconectar del todo y siempre estén ocupados en algún caso, pero Kamei, que ya superaba los cuarenta, era de la vieja escuela y nunca había pedido vacaciones voluntariamente. Su jefe inmediato, el inspector Totsugawa, lo miró sorprendido.

—¿Mañana es el día de visita a la escuela de tu hijo o algo así? —preguntó recordando que su subordinado tenía un hijo en sexto de primaria.

—Jefe, los niños todavía están de vacaciones de primavera —contestó Kamei riendo.

Tenía razón. Era un día de abril, pero Totsugawa no tenía hijos y desconocía el calendario escolar. Debía haber

recordado la fecha de cuando era niño, pero no había caído en ello. Tal vez empezaba a hacerse viejo.

—Lo que pasa es que esta tarde llega a Tokio un amigo del bachillerato y quiero atenderlo todo el día de mañana —explicó Kamei.

—Tú eres de la región de Tohoku<sup>1</sup>, ¿verdad?

—Sí. Nací en Sendai, pero poco después nos mudamos a Aomori debido al trabajo de mi padre, y allí estudié hasta bachillerato.

—¡Oh! Entonces, ese amigo es de aquella época.

—Así es. Se apellida Morishita. Al finalizar la universidad, comenzó a trabajar como maestro de bachillerato en nuestra escuela. Cuando estábamos allí, no le gustaba estudiar, prefería dedicar su tiempo al equipo de béisbol. Sin embargo, terminó siendo maestro. ¡Qué curioso! —exclamó Kamei riéndose.

Lo que realmente había provocado la risa de Kamei, era que en aquella época él tampoco imaginaba que acabaría siendo policía. Su padre trabajaba en el Ferrocarril Nacional, oficio para el que estaba destinado Kamei. Sin embargo, terminó entrando en la academia de policía y ya llevaba veinte años como detective.

Morishita le había avisado de que llegaría en el «Hatsukari<sup>2</sup> Express, recorrido #6» que iba a llegar a la estación de Ueno a las 6:09 p. m. Kamei tomó la línea Yamanote

---

1 Norte de la isla principal Honshu. Son prefecturas de: Aomori, Iwate, Miyagi, Akita, Yamagata y Fukushima.

2 La palabra *hatsukari* significa la primera bandada de gansos del año que llega para pasar el invierno.

desde la estación de Yuraku-cho y se dirigió con tiempo a la estación.

La última vez que había ido a Aomori fue tras el fallecimiento de su madre hacía diez años. Su padre había muerto dos años antes. Allí ya solo quedaba su hermana, que vivía con su familia. Kamei amaba su tierra y antes de fallecer sus padres le gustaba celebrar allí el fin de año y ver a los amigos, pero siempre había algún caso terrible que solucionar, por lo que había pasado más tiempo del que recordaba sin volver y sin ver a su amigo Morishita.

En estos diez años no habían mantenido contacto alguno, ni por correspondencia ni por teléfono. Por eso, se sorprendió al recibir su carta avisándole de que llegaría en el expreso de Hatsukari #6. En la carta le explicaba que necesitaba hablar con él y le solicitaba que se reunieran el 2 de abril, pero no indicaba nada más.

De camino a la estación, Kamei recordó, tal y como le había contado a su jefe, que en el colegio lo único que realmente le importaba a Morishita era el béisbol. Era un tercera base muy bueno, pero el equipo no tanto; motivo por el que nunca participó en el Torneo Nacional de Béisbol, la máxima competición para los estudiantes de bachillerato. A pesar de todo, Morishita nunca dejó de soñar con convertirse en jugador profesional. Tras graduarse en la escuela, realizó la prueba de admisión para el equipo de los Giants. Como no la superó, decidió dedicarse a los estudios y entró en la universidad. Finalmente, acabó siendo profesor de inglés del lugar en el que habían estudiado, labor que compaginaba con la de entrenador del equipo de béisbol. A pesar de ser muy exigente con los jugadores y de entrenarlos duro, el equipo seguía sin tener éxito y ni siquiera alcanzaba los octavos de final del torneo regional.

Al igual que Kamei, Morishita estaba casado y tenía dos hijos: un niño y una niña. Era difícil de creer que el motivo de su viaje fuera para consultar con Kamei algún problema familiar pues, en este tipo de asuntos, él era la persona menos adecuada. Tampoco podría ayudarlo si hubiera cometido algún delito, ya que la policía metropolitana de Tokio no tenía competencias en Aomori. Además, en caso de enterarse, su obligación como policía sería detenerlo.

—No tengo la menor idea —se dijo Kamei.

## 2

Mientras estaba inmerso en sus pensamientos, el tren llegó a la estación de Akihabara. A Kamei le gustaba la línea Yamanote. Tras terminar el bachillerato, entró en la academia de policía y cada vez que tenía algún día de descanso, subía al tren de esta línea e incluso, en ocasiones, daba dos o tres vueltas a la ruta circular. Le gustaba observar la variedad de pasajeros que subían y bajaban en cada estación. Por ejemplo, en Shinjuku y Shibuya subían y bajaban muchos jóvenes. En cambio, la estación de Yuraku-cho era usada por oficinistas trajeados que abarrotaban los vagones en hora punta. La estación de Kanda se llenaba de estudiantes de aspecto desenfadado con actitud de tener todo el tiempo del mundo por delante.

Le gustaba observar a los pasajeros, hombres con sandalias que leían seriamente los periódicos de apuestas hípicas o de ciclismo; viajeros que llevaban grandes equipajes; ejecutivos; hombres y mujeres refinados que se subían al *shinkansen* (tren bala) que sale de la estación de Tokio; mujeres jóvenes que vestían a la moda y, sin embargo, daban la impresión de que algo no les quedaba bien; hombres de

mediana edad que venían a trabajar a la capital durante la temporada baja del campo y, a pesar de llevar trajes nuevos y zapatos perfectamente lustrados, no terminan de encajar del todo; etc.

Para él, la estación más especial es Ueno. En hora punta, el tren va lleno de gente, pero a medida que se acerca a Ueno, el número de pasajeros disminuye, como si fuera una estación terminal.

Esa tarde, al bajar al andén, Kamei estornudó. Tal vez fuera su imaginación, pero sintió, al igual que otras veces, que incluso el olor de aquel lugar era diferente al del resto de estaciones.

Estaban pintando las paredes y habían renovado los letreros, pues pronto iban a inaugurar la línea *Tōhoku Shinkansen*, pero Ueno, con sus techos bajos y su escasa iluminación, mantenía ese aire provinciano y anticuado que la aleja tanto del aspecto de la estación de Tokio, a pesar de que ambas estaciones son terminales.

Kamei salió de la estación y se dirigió a una plaza cubierta por una cúpula gigante de estructura de metal. Esta plaza, que parece protegida por un sombrero gigante, era su lugar favorito. Allí los pasajeros esperan pacientemente la hora de partida de los trenes hacia sus destinos, como Hokkaido, Tōhoku o Jyo-Shinetsu; todos en fila, hablando con amigos o bien solos, esperando a que llegue la hora de embarcar.

La estación de Tokio, que es la otra estación terminal de la zona, no tiene un lugar tan acogedor. Esta tiene varias entradas, tanto en la puerta de Yaesuguchi como en la de Marunouchi. Antes de entrar a la zona de embarque, también se puede encontrar a varias personas matando el tiempo hasta la hora de salida de su tren, pero el semblante de la gente es diferente al de los pasajeros que esperan su tren

bajo aquella cúpula de la estación de Ueno. En la estación de Tokio la gente está más nerviosa; además, va corriendo al andén cuando se acerca la hora de la salida del tren. No es solo porque toda esa gente viaja en *Shinkansen*, pues hasta los que toman trenes nocturnos pasan los tornos apresuradamente como si fueran a embarcar en un tren de servicio ordinario en hora punta, suben la escalera corriendo y entran en el vagón escuchando el zumbador que anuncia la marcha del convoy.

Quizá sea por el tipo de gente diferente que usa la estación de Tokio y la de Ueno, o quizá influya el diseño de ambas estaciones. En el caso de la estación de Tokio, tanto para tomar trenes de servicio ordinario como de larga distancia, hay que pasar el mismo torno. Además, desde fuera de la zona de pasajeros no se ve el tren. Es decir, no parece una estación terminal. El diseño de Ueno es diferente, la plaza cubierta con su cúpula está enfrente de la puerta que da acceso al área de embarque y desde allí se ven los trenes detenidos en el andén a la espera de realizar su siguiente recorrido.

Kamei cree que la estación de Ueno es la que más se parece a la estación de Roma, la que sale en la película *Estación Termini*.

### 3

Todavía faltaban unos treinta minutos para la llegada del tren Hatsukari #6 con Morishita dentro. Levantó la mirada al tablero gigante de los horarios que estaba colgado en el centro de la plaza, sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo puso en la boca.

Ya habían pasado veintisiete años desde que llegó a la capital tras acabar el bachillerato. En aquella época todavía existían trenes con locomotora de vapor. Como no tenía

dinero, llegó en un tren de servicio local que hacía paradas en cada estación, así que tardó más de veinte horas desde la estación de Aomori hasta Ueno haciendo conexiones.

Ya habían desaparecido las locomotoras de vapor, además, próximamente se iba a inaugurar el *Tōhoku Shinkansen*, pero a Kamei le pareció que el ambiente de aquella estación apenas había cambiado. Por ejemplo, en su memoria de veintisiete años atrás, la esquina de la plaza estaba ocupada por un servicio medio oscuro y enfrente se instalaba un lustrador de zapatos. Eso seguía igual.

El barrio de Ueno, junto con el de Asakusa, es uno de los lugares que conservan el ambiente más tradicional de Tokio; sin embargo, dentro de su estación se siente un aire de Tōhoku. Seguramente es debido a que los trenes o los pasajeros que llegan del norte traen el olor de esa región. De hecho, Kamei también era uno de esos pasajeros que trajo el olor. La publicidad que se encontraba en las paredes de la estación también contribuía a hacer el ambiente más norteño, puesto que hay varias vallas publicitarias anunciando sake y arroz de una marca del norte de Japón.

Kamei entró en una cafetería frente a la estación para matar el tiempo y luego regresó a la plaza casi corriendo. El tren Hatsukari #6 llegó con dos minutos de retraso, a las 6:11 p. m.

Empezaron a salir muchos pasajeros con cara de cansados. Dentro de ese grupo de gente había varios ancianos encabezados por una persona con una bandera. Como todos traían el rosario japonés en la mano, Kamei imaginó que era un grupo de turistas que regresaba del monte Osore —una montaña sagrada en la prefectura de Aomori—. Después de ese grupo, apareció una cara conocida. ¡Era Morishita!

—¡Hola! —dijo Kamei levantando la mano mientras se acercaba a su viejo amigo.

Morishita siempre había sido más delgado que él, y más fuerte, pero con la edad había engordado. A pesar del cambio corporal, y de que se estaba quedando calvo, en los ojos y en la boca se podían observar rastros de antaño. Venía vestido con un traje y una gabardina. Con cara de cansado, le respondió:

—Gracias por venir. Ten, la traje para ti —y le dio una botella de sake de Aomori. El acento de su amigo le causó a Kamei mucha nostalgia.

—¡Oh! Gracias, pero no tenías que haberte molestado trayendo una botella.

—Es que, como aquí hay de todo, no supe qué traerte. Te gusta el sake, ¿verdad?

—Sí, claro —contestó Kamei con una sonrisa. Luego, mirando el reloj de la estación, preguntó—: ¿Tienes reservado el hotel? Si no, puedes quedarte en mi casa.

—Gracias, pero no te preocupes. Reservé una habitación. A propósito, tengo hambre. ¿Me acompañarías a cenar?

—Claro, con mucho gusto.

Kamei aceptó inmediatamente, puesto que también empezaba a tener hambre. Además, pensó que Morishita le hablaría del asunto sobre el que quería pedirle consejo.

Ambos eran humildes trabajadores con familia a su cargo, así que no podían festejar el reencuentro con una cena de lujo; por lo tanto, se pusieron de acuerdo para cenar *sukiyaki* cerca de la estación de Ueno. Después de brindar, disfrutaron la charla con los recuerdos de antaño acompañados de una buena cena y copas, pero como Morishita no tocaba el tema, Kamei decidió preguntarle:

—¿A qué quieres que te ayude?

Morishita se tocó su cara enrojecida con el alcohol y dijo:

—El trabajo de detective debe ser duro, ¿cierto?

—Afortunadamente en estos últimos días no ha habido ningún caso grave, así que tendré todo el día de mañana para atenderte.

—Te agradezco que te hayas molestado en pedir un día de vacaciones para ayudarme.

—No es ninguna molestia. A ver, cuéntame. ¿Qué ocurre?

—Llevo veinte años dando clases de inglés en nuestro colegio.

—Lo sé.

—Los alumnos de los cuales me he encargado en todos estos años son casi doscientos. Bueno, para ser exacto, ciento noventa y seis. Aproximadamente el setenta por ciento ha ido a la universidad y, del resto, una parte empezó a trabajar.

—Debes ser un maestro estricto —dijo Kamei, recordando que Morishita entrenaba muy duro a los miembros del equipo de béisbol cuando estaba en el último año del bachillerato.

—La verdad es que al principio sí. —Rio Morishita—. Ahora, ya con la edad, soy un buda.

—¿Esto tiene que ver con algún exalumno tuyo?

—Así es.

—¿Ha cometido algún delito aquí en Tokio?

—A lo mejor.

—¿A lo mejor?

—Se me ocurrió investigar a los ciento noventa y seis exalumnos que tuve a mi cargo para saber qué estarían haciendo ahora, porque me siento responsable en parte de sus vidas. Considero que la responsabilidad del maestro no termina cuando sus alumnos se gradúan en la escuela. Las mujeres, muchas ya están casadas y con hijos. Los hombres, por ejemplo, hay uno que después de terminar la universidad

en Tokio entró en una multinacional, y ahora vive en Estados Unidos.

—¿Has podido averiguar lo que hacen tus ciento noventa y seis exalumnos?

—Bueno, había tres de los que no sabía nada, pero este año tuve noticias de dos de ellos. Así que solo me queda una... —Morishita sacó de su chaqueta una fotografía y la puso frente a Kamei.

En ella aparecía una mujer. Debía rondar los veinte años. No era especialmente atractiva, pero tenía una mirada muy sagaz.

—Se llama Noriko Matsuki. —Escribió su nombre con el dedo sobre la mesa y continuó—. Ahora tiene 22 años. Es muy inteligente y estudiosa. Planeaba estudiar en una universidad de Tokio, pero su padre murió en un accidente cuando ella estaba en el último año de bachillerato, así que tuvo que abandonar sus planes y entró a trabajar en una empresa de Tokio al terminar la escuela.

—¿Cuándo le tomaron esa foto?

—Al año siguiente de haber terminado el bachillerato, regresó a Aomori para celebrar el Año Nuevo.

—¿Tuviste ocasión de verla?

—Sí, estaba muy emocionada porque finalmente iba a poder ingresar en la universidad N en horario nocturno. Sin embargo, tras regresar a Tokio, no volví a saber nada de ella. En Aomori viven su madre, su hermana mayor y su hermano pequeño, pero ninguno de los tres sabe nada de ella. Es como si hubiera desaparecido.

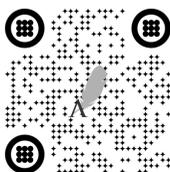
—¿No la buscaste en su trabajo?

—Sí. Me había dicho que trabajaba en un autoservicio que está en Shinbashi, en la sección de contabilidad. Contacté con la empresa y me dijeron que había renunciado en

## Otros títulos en esta colección



Más información en:



[www.quaterni.es](http://www.quaterni.es)